



# El Síndrome del Avestruz

Por: C.P. José Luis Elizondo Cantú

Un domingo descansaba en mi cama y sentía culpabilidad por no estar en el trabajo. Pensaba que descansar era pecado porque mi deber era estar en el Despacho en lugar de perder el tiempo en casa. La realidad era que no descansaba, mi cuerpo estaba en la cama pero mi mente en otro lado...



Un buen día escuché en la radio que «el descanso es una continuidad del trabajo» y éste es imprescindible para poder desarrollarlo con eficacia, eficiencia y calidad. ¿Cuántos empresarios en México tienen hoy la sensación que yo tuve hace años cuando pensaba que trabajar doce horas diarias en mi Despacho, de lunes a domingo, era lo más adecuado para alcanzar el éxito deseado?

Esa situación me provocó cansancio y un síndrome que denominé «El Síndrome del Avestruz». El empresario -al igual que el avestruz- oculta la cabeza bajo tierra provocándole la pérdida de visión de su entorno, el de su negocio y la disminución de todas sus habilidades administrativas, convirtiéndose en un administrador ineficiente, ineficaz, caduco y obsoleto en su propia empresa. En pocas palabras, deviene en el cuello de botella de su organización.

¿Alguna vez ha reflexionado sobre lo que sucedería si fuera separado de su negocio por motivos de salud, de incapacidad, de muerte o de pérdida de la libertad? ¿Cuál sería el destino de su organización? ¿Seguiría funcionando o claudicaría? ¿Están sus empleados preparados para administrarlo? ¿Su patrimonio sufriría alguna afectación? ¿La situación económica de su familia se vería desfavorecida?

La mejor respuesta para las anteriores preguntas es: Institucionalice su negocio. Permítase dejar de ser el empleado de su negocio para convertirse verdaderamente en empresario.

Diversas situaciones me llevaron a tomar decisiones respecto a mi Despacho.

Tuve que verlo con ojos de empresario en lugar de empleado. Lo primero que hice fue alejarme parcialmente de él. Por horas iba a él y las otras me quedaba en casa. Cada vez permanecía más tiempo en ella que en el Despacho, y me permitió analizar con mayor profundidad su situación financiera, el status de la operación y demás circunstancias periféricas.

El resultado fue sorprendente. Mientras más me retiraba, mejor lo veía. Sentía como si tuviera dos visores y un par de audífonos para escucharlo. Llegué a sentir que mi cerebro y el tacto de mis dedos estaban conectados con él. Así, formé un Consejo de Administración, tengo un Director Adjunto, existen Departamentos de Calidad, de Logística y Enlace. Aprendí a manejar mi organización sin estar físicamente en ella. Me he convertido en empresario de mi negocio y no en su empleado.

La diferencia estriba en que cuando yo estaba en mi Despacho, era éste quien manejaba mi tiempo. Ya afuera, yo manejo mi tiempo y el de mi negocio. Curiosamente, se han incrementado las ventas y mis utilidades, puedo hacer negocios particulares y brindo atención pronta y personalizada a mis clientes mientras reduzco, considerablemente, mi nivel de estrés.

Atrévase a superar «El Síndrome del Avestruz», ¡convírtase en el águila que observa a su negocio desde las alturas!

**La diferencia estriba en que cuando yo estaba en mi Despacho, era éste quien manejaba mi tiempo. Ya afuera, yo manejo mi tiempo y el de mi negocio.**

